CAMINOS PARA ORAR-14

Guerra y paz

Respuesta cristiana a la guerra

Eterno Dios

Sálvanos de la pusilánime resignación a la violencia
Enséñanos que la circunspección es la más alta expresión del poder

Que la consideración y la ternura son los signos del fuerte.

Ayúdanos a amar a nuestros enemigos
No teniendo en cuenta sus pecados,

Sino recordando los nuestros

Y que no olvidemos en ningún momento
Que nos nutre el mismo alimento,

Nos hieren las mismas armas,

Tenemos las mismas esperanzas para nuestros hijos.

Concédenos la capacidad para

no encontrar gozo y fortaleza en la estridente llamada a las armas,

comprender a todas las criaturas con las que convivimos,
luchar por la justicia y la verdad.

Con todo afecto os deseo paz al menos en vuestro corazón,

Felipe Santos, Salesiano

Málaga-diciembre-2006

Por doquier en el mundo – y desde siempre - la guerra hace estrago : entre las razas, entre las naciones, entre los individuos y hasta en el corazón de cada uno. El mundo está convulsionado, con

todo lo que eso comporta de inseguridad, desgarro e insatisfacción.

Una inmensa revuelta levanta a los hombres desde siempre: nos hemos convertido en "pueblos rebeldes", en "hijos de la rebelión". Pero todos sufrimos también esta estado, y deseamos íntimamente gozar de la paz.
¿No es patético ver los esfuerzos desesperados de las naciones para alejar la pesadilla dela guerra y de la destrucción, sin que se manifieste un movimiento sincero de arrepentimiento y de fe? Ahora bien, "no hay paz para los malvados, dice el Señor".
Es pues el corazón de cada uno de nosotros al que le conviene ante todo estar en paz.

Tres textos nos pueden ayudar a orar sobre este tema, como tres caminos de conversión, de la guerra hacia la paz.

Si un rey quiere partir a la guerra contra otro rey, Lucas, 14,31

Si un rey quiere partir a la guerra contra otro rey, se sienta primero para examinar si puede con diez mil hombres, afrontar a su adversario que marcha contra él con 20.000 hombres. Si no lo puede, envía mensajeros al otro rey, mientras que está aún lejos, para pedirle sus condiciones de paz. Así pues, añadió Jesús, ninguno de vosotros puede ser discípulo mío si no renuncia a todo lo que posee.

- ¿Soy capaz de reconocer mis errores, aceptar mis derrotas, e incluso de perder mi rostro para dar lugar a una situación de paz, para una tranquilidad? -¿A qué estoy dispuesto a renunciar, para vivir en paz conmigo mismo, con mi alrededor, con mis hermanos?

No penséis que he venido a traer la paz a la tierra, Mateo 10, 34-39

No penséis que he vendo a traer la paz a la tierra: no he venido a traer la paz, sino la guerra. He venido a separar al hombre de su padre, a la hija de su madre...; se tendrá por enemigos a los miembros de su propia familia. El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí. El que no carga su cruz para venir en mi seguimiento no es digno de mí. El que quiera guardar su vida la perderá; pero el que la pierda por mí la encontrará.

-¿Dan miedo los conflictos, o son a veces ocasiones para crecer en la fe ?

-¿Estoy dispuesto a defender mis convicciones, y a qué precio?

¡En ruta ! Subamos a la montaña del Señor, Isaías 2,2

Vendrá un día –y será el definitivo – en el que la montaña del templo se levantará por encima de la colina, más alto que las otras montañas. Entonces todas las naciones afluirán hacia ella. Muchos pueblos irán allí y dirán: ¡"En ruta! Subamos a la montaña del Señor, a la casa del Dios de Jacob. Nos enseñará lo que espera de nosotros, y seguiremos el camino que nos traza." En efecto, es de Sión de donde viene la enseñanza del Señor, es de Jerusalén de donde nos llega su palabra. Hará su juicio a las naciones y será el árbitro de todos los pueblos.

De sus espadas, forjarán piochas, y de sus lanzas, harán podaderas. No habrá ya agresión de una nación contra otra, no se hará más la guerra.

- ¿Tengo la certeza - la mima fe – que el profeta, en una paz definitiva y duradera?
- Judíos y musulmanes se enfrentan desde hace siglos en Tierra Santa ; ¿ es para mí una fatalidad, o un escándalo de la historia, lo que llevo en mi oración?

Este período del Adviento, de la espera de un mensajero de paz, de una revelación de un Dios – amor, es quizá el momento de hacer la paz en nosotros, entre nosotros, para un mundo más fraterno, más humano. Entonces pronto festejaremos la Navidad, y podremos afirmar que las palabras del profeta Isaías se han realizado : Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, ha recibido el poder sobre sus hombros y se la ha dado este nombre: Consejero maravilloso, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de la Paz. Como san Pablo, podremos dirigirnos esta alegre exhortación : *Que el*

Dios de la paz os santifique totalmente, y que vuestro ser entero, el espíritu, el alma y el cuerpo, se mantenga sin reproche al advenimiento de nuestro señor Jesucristo.